

Aunque cada día somos más conscientes del consumo de las formas, cuando una forma urbana se ha consolidado y reposa ya en el espacio que nos rodea, anclándose con fuerza en nuestra retina, nos cuesta trabajo el despegarla de su contorno y la convertimos en una imagen inamovible, estable, como si nunca hubiese sufrido las convulsiones del acontecer histórico, que hoy hace tambalearse el mundo formal de un ayer no muy remoto, convirtiendo en puro gesto estetizante aquello que hace unos años nos pareció lleno de ambiciosos propósitos. El pasado se convierte de este modo en un mundo cerrado, inaccesible, ante el que no cabe otra postura que no sea el respeto, siempre, claro está, que tal respeto no interfiera nuestros apresurados intereses; el pasado es entonces forzoso término de comparación con el presente, pero, mientras a nuestro alrededor nos sentimos envueltos en un confuso caos en el que no acertamos a establecer unos sólidos valores en los que fundamentar nuestro trabajo, el pasado se presenta, ante nuestros ojos, como una imagen estable, envidiable, llegando a ser nuevo y angustioso tormento de Tántalo, pues diríase que el pasado, quienes le dieron forma, se llevaron consigo el oculto secreto y que los actuales urbanistas, como si fuesen nuevos alquimistas, buscan, inútilmente, alcanzar la piedra filosofal.

Sin embargo, nada más lejano de la realidad, pues siempre hay tras ella una historia apasionada, incierta, que poco tiene que ver con la imagen inmóvil que con tanta frecuencia elaboramos. Tras de un paisaje urbano, por muy en calma que hoy lo veamos, hay todo un proceso de materialización formal muy parecido, por no decir idéntico, al que hoy conocemos; variarán las técnicas, variarán las estructuras sociales, variarán los problemas formales, pero el mecanismo en que se integran todos estos factores condicionantes del hecho urbano nunca es tan elemental, ni tan inmediato como piensan quienes creen que todo tiempo pasado fue mejor, pues en el fondo la ciudad es reflejo de la más compleja noción con que se encuentra el hombre: la vida.

Valga, pues, un examen de una forma urbana bien consolidada, el barrio de Alfonso XII, para confirmar lo dicho. Comencemos tal examen adentrándonos en el pasado y veamos cómo con su ayuda somos capaces de dibujar una imagen del barrio dinámica, viva, bien lejana de aquella otra estática e inmóvil a la que, por inercia, tantas veces nos sentimos inclinados.

Si atendemos a lo que Mesonero Romanos cuenta, la invasión francesa tuvo fatales consecuencias para los jardines del Buen Retiro. "Ruinas tan sólo dejó el ejército francés cuando abandonó el Retiro el día 14 de agosto de 1812. El pueblo de Madrid, que durante cuatro años había temido como imponente ciudadela a aquel sitio que en otro tiempo formaba sus delicias, corrió a reconocerle a la salida de sus dominadores y lloró de amargura al contemplar su actual estado. Sus regias habitaciones o demolidas o trocadas en baterías, cuarteles y establos; sus jardines en terraplenes y campos de maniobra; y los escasos árboles que aún daban

testimonio de sus antiguos bosques estaban solamente regados por la sangre de las víctimas madrileñas." El panorama debía de ser desalentador. Fernando VII, sin embargo, comenzó animoso la tarea de repoblar los jardines y hasta se atrevió a levantar una faisanera, la casita del pescador, etc., culminando sus tareas con la construcción de la Casa de Fieras. Se consiguió restaurar el Salón de Reinos en 1831, instalándose en él, bajo la dirección del competente coronel de artillería Gil Palacio, el Real Gabinete Topográfico, pasando, poco después, a ser Museo de Artillería, lo que obligó a traspasar el Gabinete Topográfico al Casón, restaurado en 1841, que daba hasta entonces albergue a las reuniones del Estamento de Próceres del Reino.

Pero el esfuerzo de los monarcas no era capaz de recuperar el Palacio del Buen Retiro y, si acertamos a imaginar, lo que los planos de entonces nos dicen, aquello que en otro tiempo fuese placentero palacio se había convertido en áspero descampado en el que la mole del Casón y del Salón de Reinos eran mudos testigos del cruel saqueo.

El que el emplazamiento elegido para levantar el monumento a los héroes de la Guerra de la Independencia estuviese en los solares que resultaron de los derribos del Buen Retiro es prueba de la desconfianza de Fernando VII, que no se sentía capaz de restaurar íntegramente el antiguo Real Sitio. Convendría que nos detuviésemos ahora ante el hoy casi olvidado obelisco que conmemora el heroico comportamiento del pueblo madrileño, pues con él comienza a estructurarse el barrio que llamamos de Alfonso XII.

Como es bien sabido el monumento fue objeto de un concurso que venció don Isidro Velázquez, arquitecto mayor del rey; corría entonces el año de 1821. Los avatares que sufrió el monumento



no son del caso y quien esté interesado en ellos los encontrará en todos los cronistas madrileños, de Mesonero Romanos a J. A. Cabezas; pero por fin, en 1840, se dio por acabado, aunque más tarde fuese preciso, en 1848, completar la obra nivelando tierras y cercando el jardincillo con una verja.

El monumento no es una pieza de primer orden, pero en ella se condensan los sentimientos formales de la segunda generación de arquitectos iluminados: extraña paradoja, la forma elegida para conmemorar a los héroes de la Guerra de la Independencia, procedía del mundo formal creado en torno al Imperio, pues el obelisco, elemento bien conocido en las urbanizaciones tardo renacentistas y barrocas, vivió una época de apasionada devoción tras las expediciones napoleónicas a Egipto. Incluso en el emplazamiento se advierten también los propósitos formales de aquellos años. El obelisco no es como en la Roma barroca un fulcro vivo que señala el encuentro de unas vías mensurando el espacio; aquí el obelisco es término, remate: él es el protagonista de la escena urbana. Tiene más valor el contenido simbólico del obelisco que el espacio que le rodea, y si el obelisco enlaza con el Paseo de las Estatuas es más bien una alineación fruto del escrúpulo académico que obligada imposición visual.

Algo de esto queda hoy en el barrio. La calle de la Lealtad se aparta de los ejes ortogonales a que le tientan tanto Alfonso XII como sus vecinas para servir, inútilmente, a un obelisco que estructura a su alrededor una plaza que hoy, perdido ya el valor simbólico del obelisco, sería tan sólo caligrafía urbanística si un par de edificios singulares, el Hotel Ritz y la Bolsa, no la llenasen de vida.

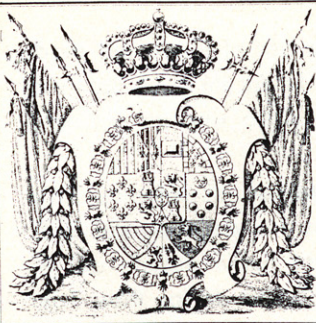
El plano de 1846, encomendado en 1840 por el alcalde de Madrid don Fermín Caballero, a los ingenieros de Caminos Merlo, Gutiérrez y Rivera, refleja ya la ordenación llevada a cabo en torno al obelisco de los Héroes del 2 de Mayo. Aparecen en él, claramente deslindados, los restos del Palacio del Buen Retiro, que han quedado aislados, sin la conexión de antaño. Si el lector compara el plano de Espinosa de los Monteros con el de Merlo podrá apreciar en todo su valor la importancia que tuvo la fiebre destructora de los franceses. Interesa, sin embargo, señalar que este desmembramiento no ha sido tan sólo un dato histórico, sino que ha dejado huellas bien patentes en la estructura del barrio: un análisis de la planimetría mostraría bien pronto cómo éste se organizó arropando respetuosamente los restos de aquel palacio del Buen Retiro. Las plazuelas del Alférez Provisional y de Méndez Núñez no son, pues, resultado de un fortuito azar; la volumetría no es, por tanto, una volumetría caprichosa y las sorpresas que hoy nos ofrece su trazado pierden tal condición al descubrir que tras ellas hay todo un proceso, que la historia nos aclara hasta en sus más pequeños detalles. Fracasadas las tentativas de ensanche propuestas por Merlo y encauzado el ensanche hacia el sector comprendido entre la calle de Alcalá y el Paseo de la Fuente Castellana, pronto aquellos solares en torno al obelisco debieron tentar a los constructores. Sin embargo, el ensanche de Madrid propuesto por Castro (1857-60), respeta íntegramente la situación, definiéndose en líneas generales lo que será el desarrollo futuro de la ciudad. En el proyecto de Castro la Castellana, aunque tímidamente, comienza a dibujarse como auténtica espina dorsal de Madrid, apoyándose en vías radiales, como la calle de Alcalá, para ex-

tender su retícula: nuestro barrio, limitado por el Paseo del Prado y el Retiro, por un lado, y por la calle de Alcalá y el Botánico, por otro, alcanza con las propuestas de Castro una de sus notas hoy más destacadas: la insularidad.

Pero aunque el plano de Castro respetase el solemne aislamiento del Casón y del Salón de Reinos los destinos del Buen Retiro eran ya claros. El Parque del Retiro había pasado del Patrimonio al Ayuntamiento y, nos dice Fernández de los Ríos, "perseguido tan sólo una mira lucrativa se formó en febrero de 1865 un plan de manzanas destinadas a la edificación que partiendo del Prado, y formando calles paralelas a él, llegaban al Parterre. Cortáronse entonces los magníficos árboles que se hallaban en los terrenos destinados a la construcción, vendiéronse en aquella ocasión y en otras posteriores algunos, pero por fortuna no ha llegado a levantarse ningún edificio, salvo el del marqués de Portugalete". El palacio del marqués de Portugalete fue, efectivamente, el primer edificio que se construyó en el Buen Retiro; obra del arquitecto francés Ombrecht, se terminó en 1874 y estaba emplazado donde hoy se levanta el Instituto Nacional de Previsión. Puede, pues, decirse que la suerte del Buen Retiro estaba echada.

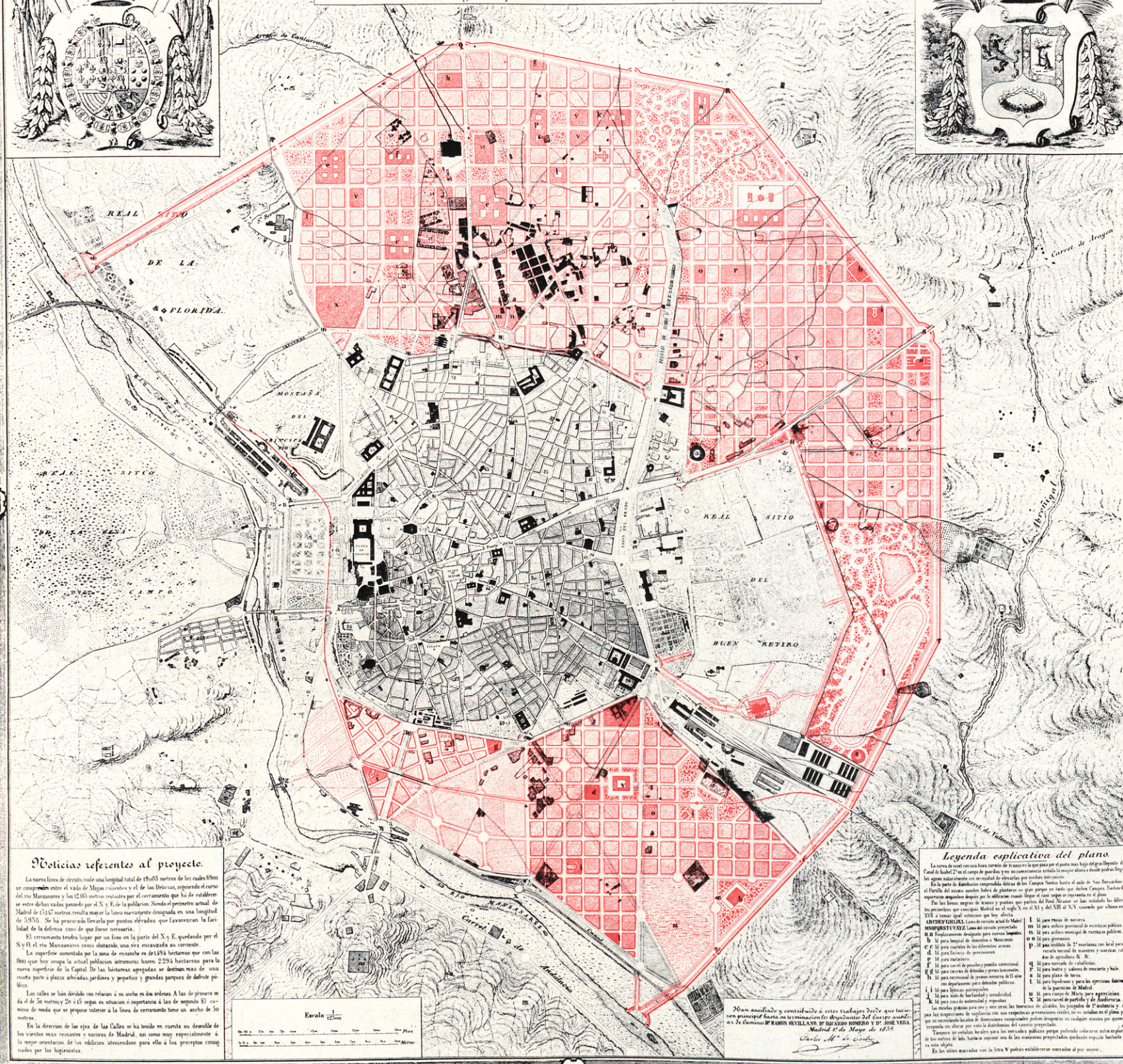
La revolución de 1868 tuvo su inmediato reflejo en las reformas urbanas; buen portavoz de estas reformas fue A. Fernández de los Ríos, que, tras de sufrir destierro en Francia, se incorporó con presteza a la vida pública con sus escritos y propuestas, formando parte de la corporación municipal en 1868. Fernández de los Ríos progresista, defensor entusiasta de los intereses de la ciudad, admirador de las reformas haussmanianas parisinas, propone, una tras otra, reformas urbanas, recogiendo todas estas propuestas en un libro—MADRID FUTURO—que hoy leemos con emoción e interés. Un grupo de arquitectos capitaneados por F. de la Torre y M. Quintana le secundan en su tarea, materializando todas estas propuestas en un plano. Hay siempre en las propuestas de Fernández de los Ríos un sano espíritu racionalista, si bien esté contenido en unos moldes formales tan claros, y ya tan familiares para nosotros, que a menudo el propósito queda enmascarado. Así, en su afán de establecer un claro esquema de ensanche, no duda en servirse de la Puerta de Alcalá para estructurarlo: la retícula de Castro no acaba de convencerle y en su progresismo iluminado busca el dotar de un sentido simbólico que hoy nos hace tal vez sonreír, a todo acontecimiento urbano. Siguiendo al pie de la letra el modelo parisino de la plaza de l'Etoile, Fernández de los Ríos propone, el 2 de enero de 1869, trazar en torno de la Puerta de Alcalá "una plaza circular de cien metros de radio, dedicando el arco a defensores de Zaragoza y dándole el nombre de plaza de la Independencia, y a las ocho calles que de ella debían partir los de Sagunto, Numancia, Covadonga, Granada, Padilla, Bravo, Maldonado y Lanuza". ¿Cómo en el monumento al 2 de Mayo de nuevo conmemoramos a los héroes de la Independencia con un modelo francés!

Pero hay una de estas calles que nos interesa: es la calle de Granada, hoy de Alfonso XII, calle que de la Puerta de Alcalá va a morir al antiguo paseo de Atocha, hoy de María Cristina. La propuesta de Fernández de los Ríos no se realizó enteramente, pero la calle de Alfonso XII, tal vez porque era de una lógica aplastante, más si se tiene en cuenta que comenzaba entonces a



ENSANCHE DE MADRID.

ANTEPROYECTO.
PLANO GENERAL DE LA ZONA DE ENSANCHE Y DEL EMPLAZAMIENTO Y DISTRIBUCION DEL NUEVO CASERIO.
Ejecutado por Real orden de 8 de Abril de 1857.



Noticias referentes al proyecto.

La nueva línea de circuito, rodea una longitud total de 19,403 metros de los cuales 1,000 se comprenden entre el valle de Miraflores y el de las Utrillas, siguiendo el curso del río Manzanares y los 12,003 metros restantes por el cerramiento que ha de establecerse entre dichos valles pasando por el N. y E. de la población. Nonda el perímetro actual de Madrid de 15,167 metros resulta mayor la línea nueva que desgracia en una longitud de 3,856. Se ha previsto la línea por puntos elevados que favorezcan la facilidad de la defensa caso de que fuese necesaria.

El cerramiento tendrá lugar por un foso en la parte del N. y E. quedando por el S. y O. el río Manzanares como antiguo, una vez encauzado su curso.

La superficie asignada por la zona de ensanche es de 1,854 hectáreas por las lomas que hoy ocupa la actual población, mientras que 2,294 hectáreas para la nueva superficie de la Capital. De las hectáreas agregadas se destinan más de una cuarta parte a plazas, jardines, parques y grandes parques de recreo público.

Las calles se han dividido en relación a su anchura en dos ordenes. A las de primer orden se da el de 50 metros y 20 a 45 según su situación o importancia a las de segundo. El camino de ronda que se propone valdrá a la línea de cerramiento tiene un ancho de 50 metros.

En la dirección de las riberas de las Calles se ha tenido en cuenta su desarrollo de los vientos más recios y fuertes de Madrid, así como su importancia a la mayor orientación de los edificios atendiendo para ello a los preceptos como vados por los topógrafos.



Legenda explicativa del plano.

La zona de ensanche se divide en tres zonas de trabajo que para por el punto más bajo del que fluye el Canal de Isabel II en el campo de puentes y en su consecuencia tendrá la mayor altura a donde pueda llegar las aguas cuando en su canal de derivación por canales laterales.

En la parte de habitación comprendida dentro de las Calles Nuevas hasta el valle de San Ildefonso y en la parte de habitación comprendida dentro de las Calles Nuevas hasta el valle de San Isidro.

El Partido del ensanche se divide en tres zonas de trabajo que para por el punto más bajo del que fluye el Canal de Isabel II en el campo de puentes y en su consecuencia tendrá la mayor altura a donde pueda llegar las aguas cuando en su canal de derivación por canales laterales.

Por las lomas seguras de terreno y puntos que cubren el Partido del ensanche se han dividido en tres zonas de trabajo que para por el punto más bajo del que fluye el Canal de Isabel II en el campo de puentes y en su consecuencia tendrá la mayor altura a donde pueda llegar las aguas cuando en su canal de derivación por canales laterales.

Los preceptos que rigen Madrid en el siglo X, en el XV y del XVI al XIX, cuando que alimen en el XVII a todas aquellas relaciones que hoy dirige.

ARCHIVO GIGANTE. Zona de ensanche actual de Madrid.

MONUMENTOS Y ZONAS. Zona de ensanche proyectada.

II. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

III. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

IV. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

V. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

VI. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

VII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

VIII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

IX. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

X. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XI. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XIII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XIV. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XV. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XVI. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XVII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XVIII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XIX. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XX. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XXI. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XXII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XXIII. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

XXIV. Zona de ensanche proyectada para zonas habitables.

En el Plan Castro (1860) se respetan íntegramente los Jardines del Buen Retiro. Poco más tarde, cuando en 1865 la Reina se desprende de algunas de las propiedades del Patrimonio para ayudar a la vacilante Hacienda, la situación cambiaría por completo y los Jardines se convierten en preciados solares. El Ayuntamiento de Madrid de 1869, al acometer la ordenación de la Puerta de Alcalá según la propuesta de F. de los Ríos, traza la calle de Granada, hoy Alfonso XII: la estructura urbana del barrio comienza a perfilarse tal y como la conocemos, aunque sea unos años después, con la Restauración, cuando cobre forma al construirse en él edificios de alta significación en la vida de la ciudad.

poblarse lo que hoy conocemos por Puente de Vallecas y Páccifico, se trazó en aquellos años contribuyendo decisivamente a definir el carácter de insularidad del barrio. No es, pues, de extrañar que los solares del Buen Retiro atraigan a los constructores. Pero Fernández de los Ríos, que ha contribuido, inconscientemente, a fomentar esta atracción, puesto que ha defendido la apertura de Alfonso XII, se enfrenta abiertamente a quienes pretenden construir en el Parque. "La idea de la barriada de casas entre el paseo del Prado y el Parque de Madrid es de tal manera inconveniente que bastó pasear la vista por el terreno y fijarla en el plano de Madrid para condenarla sin vacilar." "La elección entre la unión con el Prado del Parque y la barriada de casas no pareció dudosa al Ayuntamiento de 1869, comprendiendo que por todas partes son, más o menos, aceptables las construcciones, excepto por aquella en que ha querido levantarlas un desatinado proyecto que, sin embargo, parece servir siempre que se buscan en el Parque ingresos para el Tesoro, como si no hubiese por otros lados medio de obtenerlos." Fernández de los Ríos se opone con energía a que se construya en el Prado; no se puede perder un palmo cuadrado de Parque. Es preciso salvar el Buen Retiro, puesto que se trata de "un benéfico laboratorio de aire puro para la renovación del viciado, un poderosísimo elemento de salubridad"... "A nadie se le ha ocurrido hacer manzanas de casas en el parque de Thiergarten de Berlín, ni dividir el de Bruselas con una calle, y eso que está indicada la necesidad de ella para continuar la montaña hasta la de Cinner; la opinión pública de Londres se opondría a la voluntad de quienes intentasen separar Hyde Park de los dos parques que le preceden..." "Madrid no tiene más que un paseo que consiste en una calle estrecha, formada por diez líneas quebradas desde la Fuente Castellana al límite de las Delicias; todo aconseja ensancharlo lo más posible..." "En cualquier capital de Europa donde entre dos monumentos como el Museo y el obelisco al 2 de Mayo hubiere interpuestas casas particulares se harían grandes sacrificios para derribarlas."

Pero es preciso conseguir los ingresos que el Estado se prometía con la venta de los terrenos y Fernández de los Ríos, en busca de una alternativa, nos dice que "sin ocasionar ninguno de los inconvenientes de la barriada entre el Prado y el Parque, pueden y deben venderse solares destinados a la edificación". La batalla estaba, pues, definitivamente perdida. Cierzo que Fernández de los Ríos trata de mantener su criterio, pero, admitiendo que podía construirse entre la calle de Alcalá y la de la Lealtad, da su brazo a torcer y el Buen Retiro pronto se convertirá en un ensanche más. Abiertas ya al tráfico la calle de Alfonso XII y la de la Lealtad (hoy Antonio Maura), propuesta la plaza semicircular que enmarca el obelisco, puede decirse que el trazado del barrio estaba definido. Quedaban las zonas en torno al Casón y al Salón de Reinos y dibujar más precisamente los límites: tales trabajos se acometerán cuando poco después el barrio se construya. Si nos hemos detenido ante las propuestas de Fernández de los Ríos es, sobre todo, para señalar hasta qué punto tras de una forma consolidada hubo otras alternativas, tal vez tan válidas como las que hoy nos parecen incuestionables; pues ¿acaso no hubiese sido hermoso el que la ladera en que hoy se levanta el barrio de Alfonso XII hubiese sido sombría arboleda? Pienso que sí, y, sin embargo, ¿a quién al pasear hoy por el barrio de Alfonso XII, tan logrado, se le plantean los escrúpulos de Fernández de los Ríos?

¿Quién puede pensar que aquello que hoy para nosotros es una forma urbana consolidada y estable, era para el celoso cronista madrileño tan sólo una vulgar especulación de terrenos? La lectura de las páginas de Fernández de los Ríos son, pues, prueba de lo condicionado que está nuestro pensamiento, aunque a primera vista pueda parecer lo contrario.

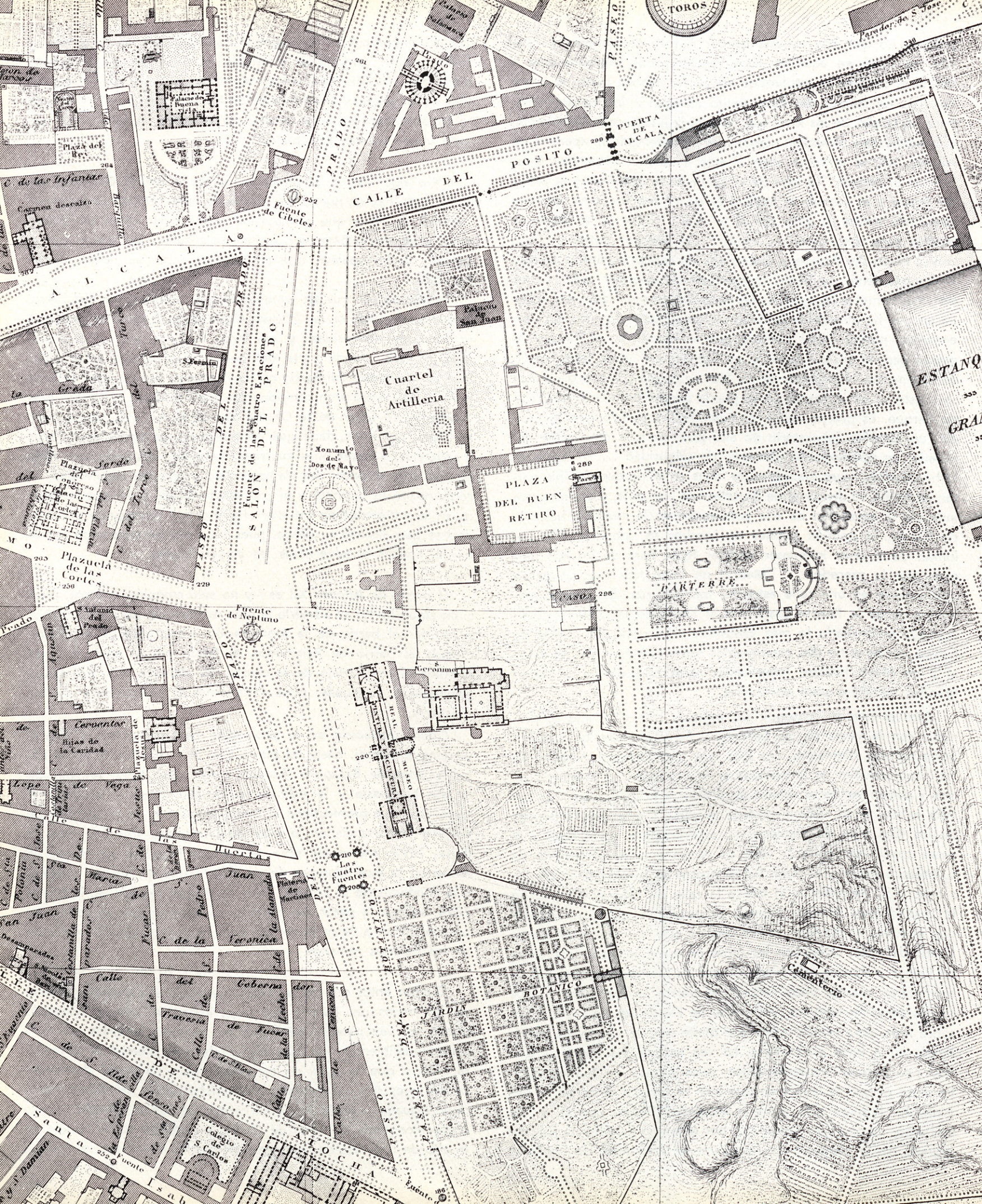
Pero sigamos; en el plano de Ibáñez e Ibáñez de Ibero, de 1878, poco hay de nuevo. Las curvas de nivel señalan ya los movimientos de tierra que se llevan a cabo en las calles de Valenzuela y de Montalbán, pero no hay más edificación nueva que el palacio de Portugalete, que se terminó, como ya hemos dicho, en 1874.

Puede decirse que en aquellas fechas la ordenación del barrio estaba ya decidida en las Oficinas Municipales: a partir de entonces se conceden alineaciones y, sin lugar a dudas, pues documentación no falta, buena parte del barrio se construye entre 1880 y 1900. El trazado del barrio no fue, como ya hemos visto, fortuito y en él se encontraron componentes bien diversas, definidas precisamente. La labor de la Oficina Municipal, en esta última fase, se limitó, por tanto, dado que las directrices generales eran claras y concretas, a trazar unas manzanas cerradas, buscando ante todo aquello que entonces era siempre claro propósito: regularidad; el contorno no lo permitía y el proyectista luchó, y así puede verlo quien se entretenga en estudiar el plano, por conseguirla y puede decirse que alcanzó su deseo, pues hoy, cuando paseamos por el barrio, apenas si advertimos las singularidades.

El barrio de Alfonso XII es—y no sólo cronológicamente, pues si en algún barrio se advierte la tibia moderación de aquellos años es en él—el barrio de la Restauración. Construido ya en buena medida el barrio de Salamanca, el Prado era el ensanche más próximo al casco viejo de la ciudad. Su situación era, por tanto, privilegiada; no puede, pues, extrañarnos lo rápidamente que se construye.

Figura destacada en la promoción del nuevo barrio fue el vizcaíno Basagoiti, hasta tal punto que al nuevo barrio se le llamaba casas de Basagoiti. Acuden a él, sobre todo, familias de la alta burguesía y la Administración contribuye a fomentar el buen tono que pronto tiene el barrio instalando en él edificios de singular importancia en la vida de la ciudad, edificios como la Bolsa, 1893, interesante obra de Enrique Repullés, en la que se advierten la incertidumbre de un eclecticismo en abierta quiebra, y la Academia de La Lengua, obra de Miguel Aguado de la Sierra, 1894, valiosa, a pesar del compromiso que supone el aplicar un pórtico dórico a la mole de un edificio que se dibujó pensando en los palacios romanos.

Dijimos antes que no se había planteado el entronque urbano de los restos del Palacio del Buen Retiro; el criterio adoptado puede tal vez parecer elemental en extremo: aislarlos con una calzada definiendo una plazuela, en la que, merced al desnivel, el edificio que se trata de conservar cobre un papel destacado. Lo cierto es que el resultado fue satisfactorio y así debió entenderlo Aguado, pues la Academia repite, sin que el episodio urbano acuse monotonía, el tema de Casón: un edificio como remate en lo alto de una calzada. Resueltos los puntos singulares, el trazado



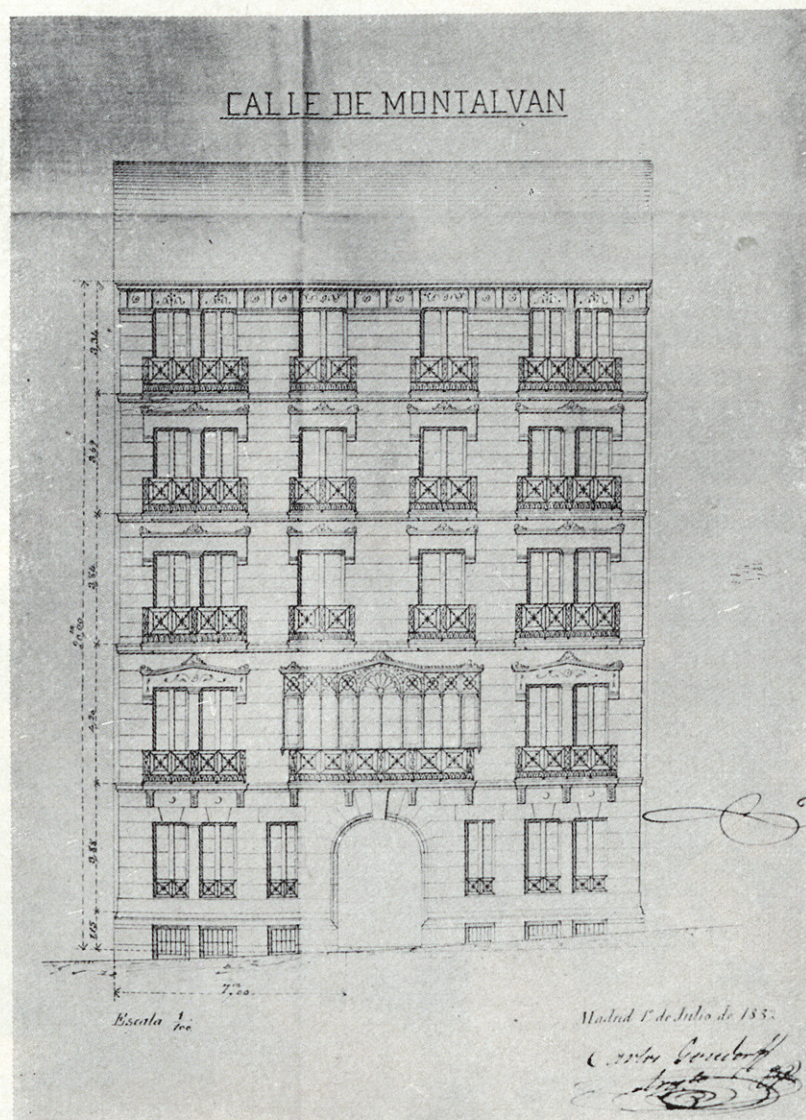
del barrio estaba vencido. Poco más tarde Antonio Palacios, con el rotundo edificio de Correos, pondría brillante fin a la aventura de convertir lo que fue Palacio del Buen Retiro en barrio ciudadano.

Definida la trama urbana, las construcciones se fueron distanciando en el tiempo y puede decirse que no se ha dejado de construir en el barrio hasta nuestros días. Efectivamente cuando se pasea por el barrio se va de sorpresa en sorpresa: junto a una severa casa de Sainz de la Lastra, o de Francisco Cubas o de Eduardo Adaro, tropezamos con equívocos novecentistas, o con obras primerizas de Zuazo o de Muguruza. No reina en el barrio la coherencia. La arquitectura es dispar, confusa, muchas veces hasta encontrada. (Compruébelo el lector al pasear por Alfonso XII.)

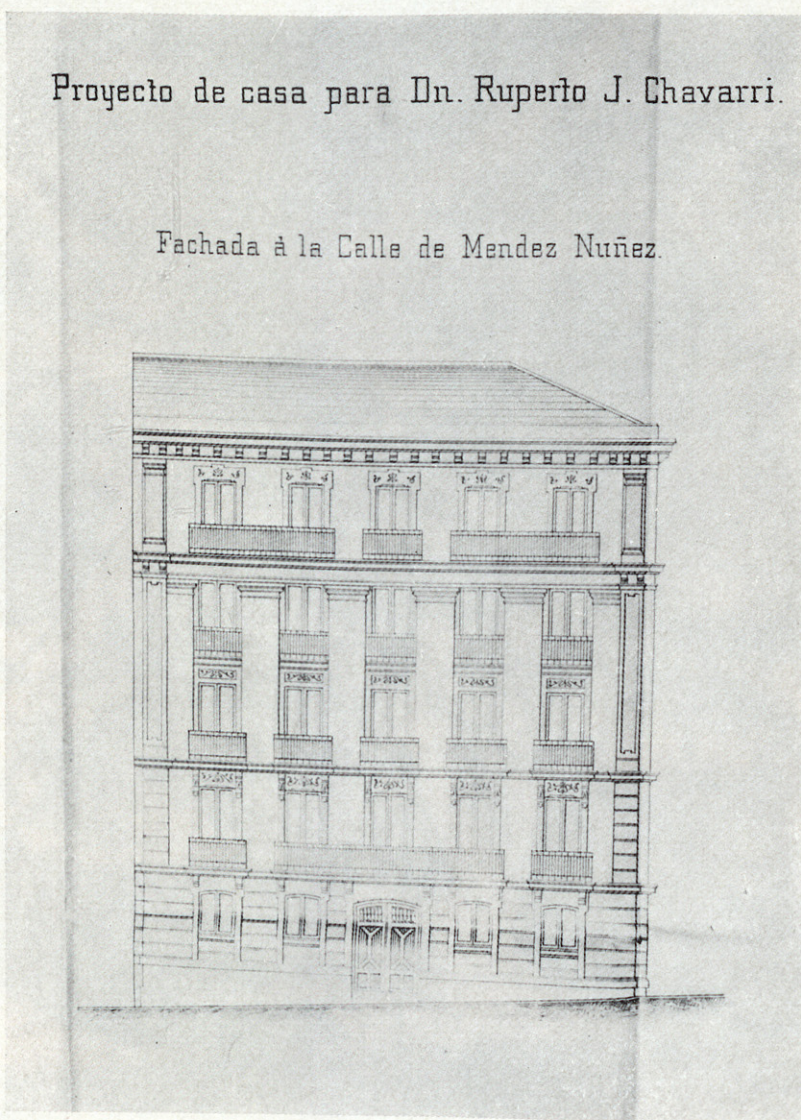
Diríase que se repite lo que ya dijimos al hablar del trazado: bajo las formas consolidadas late la pasión, la incertidumbre; como ocurre hoy, como ha ocurrido siempre. En el pasado, cuando se la mira con atención, no reina la calma.

Sin embargo, la imagen del barrio está fundada sobre aquellas

sombrías casas de Juan de Mena en las que la fundición, los ladrillos prensados y el empleo abundante del vidrio nos hablan de una industrialización incipiente. Si hubiera que escoger una palabra para definir el ambiente del barrio tal vez fuese ésta la de pulcritud. Sí, la imagen del barrio es una imagen pulcra, perfilada, que responde exactamente a la actitud de quienes fueron sus primeros ocupantes; una imagen que trata de ser reflejo de la que entonces era la sociedad envidiada: la Inglaterra de la Reina Victoria. Es claro que no se puede establecer un paralelo formal estricto, paralelo que posiblemente cupiese, sin embargo, a la hora de hablar de moral y principios, sino de señalar, simplemente, unos propósitos previos a toda iniciativa. Si en el barrio se pueden seguir, paso a paso, la historia de España en estos últimos sesenta años y, por consiguiente, la diversidad es una de sus notas más acusadas, ¿a qué se debe el que los aires restauradores sean quienes soplan con más fuerza? ¿Es un problema estrictamente formal? ¿O es acaso preciso pasar a otros campos para poder dar una respuesta? Queden esta vez las preguntas en el aire.



Casa en la calle Montalbán. Arquitecto, Carlos Gondorff. 1882.



Casa en las calles Lealtad, Méndez Núñez y Alfonso XI. Arquitecto, Eugenio Jiménez Covera. 1902.